

Bestseller de *The New York Times*

Casta

El origen de lo
que nos divide

Isabel
Wilkerson

PAIDÓS

ISABEL WILKERSON

CASTA

El origen de lo que nos divide

Traducción de
Antonio Francisco Rodríguez Esteban

PAIDÓS Contextos

Título original: *Caste. The Origins of Our Discontents*
Publicado originalmente en inglés por Random House, un sello
de Penguin Random House LLC.

1.^a edición, junio de 2021

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© Isabel Wilkerson, 2020

© de la traducción, Antonio Francisco Rodríguez Esteban, 2021

© de todas las ediciones en castellano,

Editorial Planeta, S. A., 2021

Paidós es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664

08034 Barcelona, España

www.paidos.com

www.planetadelibros.com

ISBN 978-84-493-3830-4

Fotocomposición: AuraDigit

Depósito legal: B. 7.173-2021

Impresión y encuadernación en Liberdúplex, S. L.

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

Impreso en España – *Printed in Spain*

SUMARIO

<i>El hombre en la multitud</i>	15
---------------------------------------	----

PRIMERA PARTE. TOXINAS EN EL PERMAFROST Y ASCENSO GENERALIZADO DE LAS TEMPERATURAS

1. Una vida eterna de los patógenos	19
<i>Los fundamentos de la historia</i>	31
2. Una vieja casa y una luz infrarroja	33
3. Un americano intocable	39
<i>Un programa invisible</i>	51

SEGUNDA PARTE. LA CONSTRUCCIÓN ARBITRARIA DE LAS DIVISIONES HUMANAS

4. Una obra a largo plazo y la aparición de las castas en Estados Unidos	55
5. «El recipiente que hemos construido para ti»	71
6. La medida de la humanidad	79
7. De la niebla de Delhi a los paralelismos entre la India y Estados Unidos	91
8. Los nazis y la aceleración de las castas	97
9. La maldad del silencio	109

TERCERA PARTE. LOS OCHO PILARES DE LAS CASTAS

<i>Los fundamentos de las castas: los orígenes</i>	
<i>de nuestro descontento</i>	117
Pilar número 1. Voluntad divina y leyes de la naturaleza	119
Pilar número 2. Heredabilidad	123
Pilar número 3. Endogamia y control del matrimonio y del emparejamiento	127
Pilar número 4. Pureza versus contaminación	133
Pilar número 5. Jerarquía ocupacional: los <i>jatis</i> y la teoría de la solera	151
Pilar número 6. Deshumanización y estigma	161
Pilar número 7. Terror como imposición, crueldad como medio de control	171
Pilar número 8. Superioridad innata versus inferioridad innata	179

CUARTA PARTE. LOS TENTÁCULOS DE LAS CASTAS

<i>Ojos marrones versus ojos azules</i>	189
10. Asignación fundamental de roles inapropiados	193
11. La amenaza al estatus del grupo dominante y la precariedad del escalafón superior	201
12. Un chivo expiatorio para cargar con los pecados del mundo	215
13. El alfa inseguro y el propósito de un perdedor	229
14. La intrusión de las castas en la vida cotidiana	235
15. La imperiosa necesidad de un escalafón inferior	251
16. La ansiedad del último lugar: atrapados en un sótano inundado	265
17. En la antigua primera línea de las castas	273
18. Satchel Paige y la incoherencia de las castas	285

QUINTA PARTE. LAS CONSECUENCIAS DE LAS CASTAS

19. La euforia del odio	291
20. El inevitable narcisismo de casta	295
21. La chica alemana de cabello oscuro y ondulado	307
22. El síndrome de Estocolmo y la supervivencia de la casta subordinada	311
23. Tropas de choque en las fronteras de la jerarquía	323
24. Cortisol, telómeros y letalidad de casta	333

SEXTA PARTE. CONTRAATAQUE

25. Un cambio en el guion	343
26. Punto de inflexión y resurgimiento de las castas	355
27. Los símbolos de casta	367
28. La democracia en las urnas	385
29. El precio que pagamos por un sistema de castas	389

SÉPTIMA PARTE. DESPERTAR

30. Desprenderse del hilo sagrado	397
<i>La radicalización de la casta dominante</i>	401
31. El corazón es la última frontera	405
<i>Epílogo. Un mundo sin castas</i>	411
<i>Agradecimientos</i>	425
<i>Acerca de la autora</i>	433
<i>Notas</i>	435
<i>Bibliografía</i>	477
<i>Índice onomástico y de materias</i>	493

La vida eterna de los patógenos

En el atormentado verano de 2016, una desacostumbrada ola de calor golpeó la tundra siberiana al borde de lo que los antiguos llamaban «el fin de la Tierra». Por encima del círculo ártico y lejos de las placas tectónicas que colisionaban en la política estadounidense, el calor ascendió bajo la superficie de la tierra y también se concentró en la atmósfera, en la que el aire alcanzó unos inconcebibles treinta y cinco grados en la península rusa de Yamalia. Estallaron incendios, y las bolsas de metano borbotearon bajo el suelo normalmente congelado de la región polar.

Pronto, los hijos de los pastores indígenas empezaron a enfermar de una misteriosa dolencia que muchas personas vivas jamás habían visto y que no reconocían. Un chico de doce años sufrió una fiebre elevada y agudas punzadas estomacales, y falleció. Las autoridades rusas declararon el estado de emergencia y empezaron a evacuar a cientos de los pastores enfermos, los nenets, al hospital más cercano, en Salekhard.

Los científicos descubrieron lo que había asolado los campamentos siberianos. El calor anómalo había penetrado profundamente en el permafrost ruso y expuesto una toxina atrapada allí desde 1941, la última vez que el mundo estuvo en guerra. Se trataba del patógeno del ántrax, que acabó con manadas enteras de renos hace décadas y que desde entonces se encontraba en los cadáveres de los animales

enterrados en el permafrost.¹ Un cadáver descongelado y contaminado afloró a la superficie ese verano, el patógeno despertó, intacto y tan poderoso como siempre. Sus esporas se filtraron en las tierras de pastoreo e infectaron a los renos y a los pastores que los criaban y dependían de ellos. Al igual que la reactivación de los patógenos del odio y el tribalismo en este siglo cambiante, el ántrax no había muerto. Aguardaba en estado latente, hasta que unas circunstancias extremas lo hicieron salir a la superficie y lo devolvieron a la vida.

Al otro lado del planeta, la democracia más antigua y poderosa del mundo sufría espasmos ante unas elecciones que iban a subyugar al mundo occidental y a erigirse en fractura psíquica en la historia de Estados Unidos, y que probablemente serán estudiadas y analizadas durante generaciones. Ese verano y otoño, y en los siguientes años, en medio de la conversación sobre restricciones a musulmanes, pérfidas mujeres, muros en la frontera y naciones perversas, en ciertos círculos era habitual oír lamentos de incredulidad: «Esto no es Estados Unidos» o «No reconozco mi país» o «Nosotros no somos así». Sin embargo, este era y es nuestro país y así es como éramos y como somos, tanto si lo sabemos y lo reconocemos como si no.

El calor se elevó en el Ártico y en encuentros esporádicos en Estados Unidos. Más tarde, ese verano, en Nueva York, un refugio añil en un estado prudentemente azul, un hombre blanco en Brooklyn, artista, ayudaba a una mujer blanca de mediana edad a llevar su compra a la entrada sur del metro, en dirección a Coney Island.

En aquel momento era imposible no hablar de la campaña. Había sido una temporada política como no se recordaba otra. Por primera vez en la historia, una mujer se presentaba como candidata de un partido a la presidencia de Estados Unidos. Con un nombre muy conocido, la candidata era una figura nacional sensata y sobrecualificada, en opinión de algunos; convencional y mesurada, si no poco estimulante, para sus detractores, con conocimientos sólidos acerca de cualquier política o crisis que tuviera que afrontar. Su oponente era un impetuoso multimillonario, una estrella de la televisión propensa a insultar a todo el mundo salvo a sí mismo, sin experiencia en

cargos públicos y que los expertos consideraban que no tenía opciones de ganar las primarias de su partido, y mucho menos la presidencia.

Antes de que concluyera la campaña, el candidato acosó a la candidata durante un debate televisado en todo el mundo. Alardeaba de agarrar a las mujeres por los genitales, se burlaba de los discapacitados, alentaba la violencia contra la prensa y contra aquellos que no estaban de acuerdo con él.² Sus seguidores abucheaban a la candidata, al grito de «¡encerradla!» en los mítines masivos presididos por el multimillonario. Sus comentarios y actividades se consideraban tan ordinarios que, en los medios, algunas noticias eran precedidas por advertencias a los padres.

Se trataba de un candidato «tan obviamente incompetente para el puesto», escribió *The Guardian* en 2016, «que su candidatura parece más una broma que un intento serio de alcanzar la Casa Blanca».³

Ante esta realidad, lo que comúnmente entendemos como *raza* en Estados Unidos no estaba en juego. Ambos candidatos eran blancos, nacidos en la mayoría históricamente dominante en el país. Sin embargo, la candidata representaba al partido más liberal, configurado a partir de un mosaico de coaliciones que, a grandes rasgos, abarcan a individuos altruistas y marginados. El otro candidato representaba al partido conservador, que en las últimas décadas parecía estar protegiendo el viejo orden social, beneficiando y apelando fundamentalmente a los votantes blancos.

Los candidatos eran absolutamente opuestos, igualmente aborrecidos por los fans de sus respectivos adversarios. Los extremos de aquella temporada obligaron a los estadounidenses a tomar partido y declarar sus lealtades o encontrar la manera de convivir con ellas. Así pues, en lo que de otro modo sería un día muy común, cuando el artista de Brooklyn ayudaba a la anciana con la compra, ella se giró hacia él, espontáneamente, y quiso saber a quién iba a votar. El artista, de talante progresista, dijo que planeaba votar a la demócrata, la candidata con más experiencia. La anciana con la bolsa de la compra se lo sospechaba y se mostró contrariada por la respuesta. Como millones de compatriotas en la mayoría histórica, ella había sucumbido

a los atractivos del multimillonario xenófobo, expresados en un lenguaje rudo.

Unas semanas antes, el multimillonario dijo que podía disparar a alguien en la Quinta Avenida y que sus seguidores seguirían votándolo, tal era su devoción.⁴ La mujer, cargada con la compra, era uno de ellos. En el santuario más azul, recibió la llamada y descodificó sus mensajes. Consideró un deber instruir al artista acerca del error de su forma de pensar y por qué era urgente que votara de forma correcta.

«Sí, sé que a veces fanfarronea —admitió, acercándose al potencial converso—. Pero recuperará nuestra soberanía.»

Entonces, antes de los debates y de las sucesivas revelaciones venideras, el hombre de Brooklyn se percató de que, contra toda probabilidad y pese a los precedentes históricos, una estrella de *reality show* con una experiencia formal inferior a la de cualquier aspirante anterior a presidente podría convertirse en el líder del mundo libre.

En la campaña se exhibió algo más que rivalidad política: fue un combate existencial por la primacía en un país cuya demografía había cambiado sin que lo advirtiéramos. Personas con una apariencia como la del artista de Brooklyn y la mujer que se dirigía a Coney Island, aquellos cuyos ancestros se remontaban a Europa, habían constituido la mayoría histórica dirigente, la casta racial dominante en una jerarquía tácita desde la fundación de la República. Pero en los años que llevaban a este momento, en la radio y en la televisión por cable empezó a difundirse que el porcentaje de población blanca estaba disminuyendo. En el verano de 2008, la Oficina del Censo de Estados Unidos anunció su previsión de que, en 2042, y por primera vez en la historia del país, los blancos dejarían de ser mayoría en una nación que no había conocido otra configuración ni concebido otra forma de ser.⁵

Ese otoño, en medio de lo que parecía una crisis financiera cataclísmica y como anuncio de un posible cambio en la preeminencia de la casta hasta entonces dominante, un afroamericano, un hombre perteneciente a la casta históricamente más baja, fue elegido presidente de Estados Unidos. Su ascensión motivó declaraciones prematuras

acerca de un mundo posracial y un movimiento cuyo único propósito era demostrar que no había nacido en Estados Unidos, campaña liderada por el multimillonario que en 2016 se postuló a la presidencia.

Un rumor soterrado se había estado agitando bajo la superficie, con las neuronas excitadas ante la perspectiva de un arrogante defensor de la casta dominante, un heraldo de sus ansiedades. Hay quien se ha vuelto más atrevido gracias a ello. Un jefe de policía del sur de Nueva Jersey habló de arrollar a los afroamericanos y se quejó de que la candidata demócrata «se lo entregaría todo a las minorías». ⁶ Ese mes de septiembre, golpeó a un adolescente esposado por nadar en una piscina sin autorización. El jefe agarró la cabeza del chico y, según los testigos, la lanzó, «como si se tratara de un balón de baloncesto», contra la jamba metálica de una puerta. Cuando se iban acercando las elecciones, el jefe de policía decía a sus oficiales que la estrella de la televisión era «la última esperanza para los blancos».

Observadores de todo el mundo reconocieron la importancia de estas elecciones. Espectadores en Berlín y Johannesburgo, Delhi y Moscú, Pekín y Tokio, se quedaron hasta altas horas de la noche o madrugaron para ver los primeros resultados ese primer martes de noviembre de 2016. Inexplicablemente para muchos de los que viven fuera de Estados Unidos, el resultado no depende del voto popular, sino del Colegio Electoral, un invento estadounidense que se remonta a los tiempos fundacionales de la esclavitud, en el que cada estado tiene la potestad de declarar al vencedor a partir de los votos electorales que se le han asignado y al resultado de la votación popular en su jurisdicción. ⁷

Hasta entonces, solo en cinco elecciones en la historia del país, el Colegio Electoral o un mecanismo similar había revocado el voto popular, dos de ellas en el siglo XXI. ⁸ Una fue en las elecciones de 2016, debido a una colusión de circunstancias inusuales.

Las elecciones arrojarían a Estados Unidos a una carrera hacia el aislacionismo, el tribalismo, la defensa y la protección de lo propio, el culto a la riqueza y la apropiación, a expensas de los demás, incluso del propio planeta. Una vez contados los votos y en cuanto el multi-

millonario fue declarado vencedor, para sorpresa del mundo y tal vez de aquellos menos conocedores de la historia racial y política del país, un hombre en un campo de golf de Georgia se sintió libre para expresar su opinión. Era hijo de la Confederación, que había ido a la guerra contra Estados Unidos para defender su derecho a esclavizar a otros seres humanos. Las elecciones fueron una victoria para él y para el orden social en el que había nacido. Dijo a quienes le rodeaban: «Recuerdo una época en la que todo el mundo era consciente de su lugar en el mundo. Es hora de volver a eso».

El sentimiento de volver a un viejo orden de cosas, la inexpugnable jerarquía de los ancestros, pronto se extendió por el territorio en una oleada de crímenes de odio y violencia masiva que acaparó muchos titulares. Poco después del día de la investidura, un hombre blanco de Kansas disparó y mató a un ingeniero indio; mientras disparaba, les decía a él y a su compañero de trabajo, también indio: «Fuera de mi país». El mes siguiente, un pulcro hombre blanco, veterano del Ejército, tomó un autobús de Baltimore a Nueva York con la misión de asesinar a negros. Acechó a un hombre negro de sesenta y seis años en Times Square y lo atravesó con una espada. El atacante se convirtió en el primer blanco supremacista condenado por cargos de terrorismo en el estado de Nueva York.

En un abarrotado tren de cercanías en Portland, Oregón, un hombre blanco que gritaba consignas raciales y antimusulmanas atacó a dos adolescentes, una de las cuales llevaba un hiyab. «¡Vete a la mierda! —vociferó—. ¡Aquí necesitamos americanos!» Cuando tres hombres blancos acudieron en defensa de la chica, el atacante los apuñaló. «Soy un patriota —le dijo a la policía camino de prisión—, y espero que mueran todos a los que he apuñalado.» Trágicamente, dos de los hombres no sobrevivieron a sus heridas. Más tarde, en el verano de 2017, un supremacista blanco lanzó su vehículo contra una multitud de manifestantes contra el odio en Charlottesville, Virginia, acabando con la vida de una joven blanca, Heather Heyer, en una confrontación a propósito de un monumento de la Confederación que atrajo la atención del mundo entero.

El año 2017 fue el más letal hasta la fecha en cuanto a tiroteos masivos en la moderna historia de Estados Unidos. En Las Vegas tuvo lugar la mayor masacre del país, seguida de un tiroteo masivo tras otro en escuelas públicas, aparcamientos, calles y supermercados de toda la nación. En otoño de 2018, once fieles fueron asesinados en una sinagoga judía en Pittsburgh en el peor ataque antisemita en suelo estadounidense. A las afueras de Louisville, Kentucky, un hombre intentó un ataque similar en una iglesia negra, forzando las puertas cerradas para irrumpir y disparar a los feligreses congregados para el estudio de la Biblia. Incapaz de forzar las puertas, se dirigió a un supermercado cercano y asesinó a las primeras personas negras que vio: una mujer que se encontraba en el *parking* y se disponía a hacer la compra y un hombre que compraba cartulinas con su nieto. Un transeúnte armado descubrió al tirador en el aparcamiento, y este advirtió que había sido descubierto. «No me dispares —le dijo al transeúnte—, y yo no te dispararé», según los noticiarios. «Los blancos no matan blancos.»

En los meses siguientes, mientras el presidente se retiraba de tratados internacionales y se codeaba con dictadores, muchos observadores temían el fin de la democracia y de la República. Sin consultar con nadie, el nuevo líder retiró a la democracia más antigua del mundo del Acuerdo de París de 2016, en el que las naciones se unieron para combatir el cambio climático, acto que hizo que muchos se angustiaran en una carrera para proteger el planeta que ya estamos perdiendo.

Muy pronto, un grupo de afamados psiquiatras, cuya profesión les permite comentar sus diagnósticos solo en el caso de que un individuo represente un peligro para sí mismo o para los demás, dieron el extraordinario paso de advertir al público estadounidense de que el recién proclamado líder del mundo libre era un perverso narcisista, un peligro público. En el segundo año de su mandato, los niños de otra raza se encontraban tras las rejas en la frontera sur, separados de sus padres, que buscaban asilo. La protección del aire, del agua y de las especies en peligro de extinción, que gozaba de décadas en activo, dio

marcha atrás. Muchos asesores de campaña se enfrentaron a penas de prisión al ampliar las investigaciones sobre corrupción, y un presidente en ejercicio fue descrito como el agente de una potencia extranjera.

El partido de la oposición había perdido los tres poderes del gobierno y no sabía qué hacer. Intentó recuperar la Cámara de Representantes en 2018, pero el partido se quedó con solo una sexta parte del gobierno —es decir, con la mitad del poder legislativo— y, por lo tanto, al principio dudó si convenía iniciar el proceso de juicio político (*impeachment*), que era de su competencia. Muchos temieron represalias, les daba miedo irritar a la base del multimillonario, en parte porque, aunque representaba a una minoría del electorado, estaba fundamentalmente compuesta por individuos pertenecientes a la casta dominante. El carácter obtuso de los seguidores del presidente y la angustia de la oposición parecieron comprometer el sistema de contrapesos que supuestamente existía desde la fundación e implicó que, por un tiempo, Estados Unidos no fuera, en palabras de un presidente del Partido Demócrata en Carolina del Sur, una «democracia plenamente funcional».⁹

Al inicio de su tercer año, el presidente fue recusado por sus oponentes en la Cámara Baja, pero absuelto por sus leales en el Senado, con los votos divididos en función de la línea del partido, lo que reflejaba las fracturas del país en su conjunto. Fue el tercer juicio político en la historia de Estados Unidos.¹⁰ Hasta la fecha han transcurrido más de trescientos días sin ruedas de prensa de la Casa Blanca, el ritual de rendición de cuentas de Washington.¹¹ Desaparecieron tan sigilosamente que pocos parecieron advertir esta ruptura adicional de la normalidad.

A continuación, la peor pandemia en más de un siglo llevó a la humanidad a un punto muerto.¹² El presidente la desdeñó como a un virus chino que desaparecería milagrosamente, tildó de engaño el creciente revuelo, desacreditó a quienes no estaban de acuerdo o pretendían prevenirle. En cuestión de semanas, Estados Unidos sufrió el mayor foco del mundo, con gobernadores que suplicaban la entrega

de respiradores y test de prueba y enfermeras envueltas en bolsas de basura para evitar el contagio mientras atendían a los pacientes. El país estaba perdiendo la capacidad de escandalizarse; lo ininteligible se convertía en moneda común.

¿Qué le había pasado a Estados Unidos? ¿Qué podía explicar que decenas de millones de votantes decidieran apartarse del sendero habitual y poner el país y, por ende, el mundo entero, en manos de una celebridad sin experiencia, que jamás había servido en una guerra u ocupado cargo público alguno, a diferencia de sus predecesores, y cuya retórica parecía un acicate dirigido a los extremistas?¹³ ¿Acaso los mineros del carbón y los trabajadores de la automoción sufrían en una economía estancada? ¿Acaso los habitantes del interior atacaban a las élites de las costas? ¿Una parte del electorado estaba preparada para un cambio? ¿Era cierto que la mujer en la carrera presidencial, la primera en acercarse tanto al cargo más eminente de la nación, había liderado una campaña «nefasta», como señalaron dos veteranos periodistas políticos?¹⁴ ¿Acaso los votantes urbanos (es decir, negros) no participaron, y sí lo hicieron los votantes evangélicos (esto es, blancos)? ¿Cómo es posible que tantas personas, trabajadores de a pie que necesitaban atención sanitaria y educación para sus hijos, la protección del agua que bebían y de los sueldos de los que dependían, «votaran contra sus intereses», como se oyó decir a muchos progresistas en la confusión de aquel punto de inflexión en la historia política? Se trata de teorías populares *a posteriori*, y en algunas de ellas tal vez hubo algún elemento de verdad.

El mundo había cambiado de la noche a la mañana, o eso parecía. Hace mucho definimos que un terremoto se origina a partir de la colisión de placas tectónicas que obliga a una de ellas a introducirse bajo la otra, y hemos creído que el movimiento interno bajo la superficie es inmediatamente reconocible. En los terremotos clásicos, sentimos que el suelo tiembla y se resquebraja bajo nuestros pies, y observamos la devastación del paisaje o los tsunamis que llegan poco después.

Sin embargo, los científicos han descubierto recientemente que los terremotos más conocidos, los que se pueden medir fácilmente

mientras están activos y cuya destrucción es instantánea, a menudo vienen precedidos por perturbaciones catastróficas, más lentas y dilatadas, que tienen lugar a más de treinta kilómetros de la superficie, demasiado profundos y silenciosos como para haber sido detectados en la mayor parte de la historia humana. Son tan potentes como los que podemos ver y sentir, pero han permanecido indetectables porque operan en silencio, irreconocibles hasta que un terremoto importante se manifiesta en la superficie. Solo desde hace poco los geofísicos disponen de una tecnología lo suficientemente sensible como para detectar los temblores invisibles que acontecen en las profundidades de la tierra. Se los conoce como terremotos silenciosos. Y solo desde hace poco las circunstancias nos han obligado, en esta época de perturbación humana, a buscar los temblores invisibles del corazón humano, para descubrir el origen de nuestro descontento.

En el momento de las elecciones de aquel año fatídico, en el extremo más septentrional del mundo, los habitantes de Siberia intentaban recuperarse del calor que los había golpeado unos meses antes. Docenas de pueblos de pastores indígenas habían sido reubicados, a algunos se los puso en cuarentena y se desinfectaron sus tiendas. Las autoridades emprendieron vacunaciones masivas de los renos supervivientes y sus pastores. Prescindieron de la inmunización años atrás porque habían pasado décadas desde el último brote y se consideraba un problema del pasado. «Un error evidente», dijo un biólogo ruso a un portal de noticias de ese país.¹⁵ El Ejército tuvo que sopesar qué hacer para deshacerse de los dos mil renos muertos, a fin de evitar que las esporas volvieran a propagarse. No era seguro enterrar los cuerpos para liberarse del patógeno.¹⁶ Tuvieron que incinerarlos a una temperatura de quinientos grados centígrados en lugares especialmente habilitados y a continuación regar las cenizas y la tierra circundante con lejía, para matar las esporas y proteger a la población en el futuro.¹⁷

Ante todo, y lo más preocupante para la humanidad en su conjunto, quedó el mensaje aleccionador de 2016 y de la segunda y menguante década de un milenio todavía nuevo: que el aumento del calor en los océanos de la Tierra y en el corazón humano podía resucitar ame-

nazas largo tiempo enterradas, que algunos patógenos no podrán ser derrotados jamás, solo contenidos, o tal vez, en el mejor de los casos, controlados gracias a vacunas mejoradas y que actúan contra sus mutaciones previstas.

La humanidad aprendió, o eso esperamos, que un antiguo y resistente virus requería, más que ninguna otra cosa, reconocer el peligro omnipresente, la precaución ante la exposición y la alerta ante el poder de su longevidad, su capacidad para mutar, sobrevivir e hibernar hasta ser reanimado. Dio la impresión de que estos contagios no podían erradicarse, no aún al menos, sino tan solo ser controlados y previstos, como ocurre con cualquier virus, y que la anticipación y la vigilancia, la sabiduría de no infravalorarlos, de no subestimar nunca su persistencia, era tal vez el antídoto más eficaz, por ahora.